

RELATO BREVE “EL REBOLLO MÁGICO”

24 de junio de 1954

DÍA DE SAN JUAN

Todavía es de noche, Aurelia sale de su casa apretando dulcemente contra su pecho un pequeño bulto. Es su hijo Epifanio... Hoy le dará calor hasta que salga el sol, y después durante toda su vida, como todas las madres... Atraviesa las desiertas calles donde ya se escuchan los familiares sonidos de los habitantes del pueblo, preparándose para la faena de un nuevo día de campo y sol.

Sube con rapidez la empinada cuesta de la calle empedrada y comprueba que hay luz en casa de María y Juan. La puerta está abierta, la están esperando.

Entra sin protocolo, es costumbre dejar las puertas franqueables para todos los vecinos durante el día, y por aquí no hay forasteros. La carretera que comunica a la localidad con el resto de los pueblos es secundaria y solamente un viejo y destartado autobús llega un par de veces por semana, haciendo noticia local la visita de cualquier pasajero.

- Buenos días – saluda, en un tono de voz que a ella le parece adecuado por las horas y para no despertar a la abuela Jacinta.

-Sube si quieres, Aurelia, no pase frío el chico - le contesta María.

-Espero aquí. Gracias.

-Bajamos enseguida.

Así es, apenas acabada la frase, aparecen en lo alto de la escalera María y Juan.

-Siento haberos hecho madrugar - dice Aurelia.

-Nada, maña, para eso estamos... Faltaría más - contesta Juan.

-¿Llevas todo, Juan?

-Sí, María – responde.

A paso ligero, propio de las gentes del lugar, se encaminan los tres hacia la partida de El Rebollar. El niño duerme plácidamente.

En poco más de media hora, llegan al lugar de la cita y buscan un hermoso rebollo. Juan hace un profundo corte en el mismo, después lo ata con un fuerte cordón y empieza el ritual a la vez que asoman los primeros rayos de sol. Juan quedará a un lado del rebollo y María al otro. La madre del niño, Aurelia, deposita el bebé en brazos de Juan, y María dice:

-Tómalo, Juan.

-Dámelo María - responde Juan, a la vez que lo recibe en sus brazos, y ya los dos:

"Que este niño cure en este día".

Epifanio nació herniado y es costumbre en el pueblo realizar este ritual el día de San Juan, con una mujer de nombre María y un hombre llamado Juan, porque así lo han hecho los antepasados que hasta hoy han vivido en la creencia de que, si el rebollo cercenado vuelve a unirse, el niño curará su dolencia y, en caso contrario, el niño no sanará.

Se despiden. Aurelia, agradecida, más tarde les obsequiará con sus buñuelos, los más famosos del lugar. Su receta es igual que las demás, pero algo tienen que los hace más sabrosos y esponjosos.

Han pasado cincuenta años y el rebollo, además de crecer sin apenas muestra de su pasado, ha permanecido ileso ante las extremas temperaturas propias del lugar donde se ubica: hasta 15 grados bajo cero en invierno y 50 en verano. Nadie diría que un día ya lejano, alguien le hizo una grave herida.

También Epifanio ha crecido fuerte y robusto.

Hasta un día de abril.

Una espectacular tormenta de aire, viento y fuego, descarga sobre el rebollo, que cae al suelo prácticamente calcinado.

Esa misma semana Epifanio es trasladado con urgencia al hospital con los síntomas inconfundibles de una hernia.